

# Tres novelas de Carmen Naranjo

Están sobre mi mesa tres novelas de Carmen Naranjo: "Los Perros no Ladraron", "Memorias de un Hombre Palabra" y "Responso por el Niño Juan Manuel". Son tres títulos y una sola etapa. La etapa del descubrimiento de una conciencia que en el novelista siempre es, dice Georg Lukács, satánica. Cuando Lukács habla del satanismo no lo entiende en el sentido baudelairiano, la presencia lírica del demonio, sino en el que a esta palabra se le descubre en Dostoievski, la inocencia frente al mal. Es la angustia, entre atropellada y real, del "héroe problemático". "Es la búsqueda degradada —dice el filósofo húngaro—, por ello mismo inauténtica, de valores auténticos en un mundo de conformismos y convenciones, lo que constituye el contenido de este nuevo género que los escritores han creado en la sociedad individualista y que se llama "novela".

Los novelistas y cuentistas costarricenses no han salido aun del folklore, esa aberración sociológica que no tiene nada de artística y sí mucho de pintoresca. Además, el folklore no se repite en el arte: es una vez y nada más. Al trascender su esencia limitativa a un individualismo consciente de sus fuerzas, deja de ser para convertirse en verdadero arte literario. Pero ya este es otro cuento, como decía Kipling. Carmen Naranjo es la primera escritora costarricense que rompe este círculo estrecho y se lanza, desde su primera novela, "Los Perros no Ladraron", en el ejercicio de manifestaciones artísticas más universales. Le da dimensión humana al costarricense y busca sus raíces en una escala de conflictos que ella hace suyos, a fuerza de su subjetivismo agresivo. Nadie puede desprenderse de su yo, y el yo no puede abandonarnos sin el peligro de una desintegración catastrófica del individuo, que es sustancia íntima inviolable. Este peligro lo elude la novelista porque es mujer de una profunda vida interior. El escenario en que actúan sus personajes es monótono porque sus héroes no son "héroes problemáticos", sino seres de todas las horas y de todos los usos. En este sen-



León Pacheco

tido es escritora que vive al día. Han sido los grandes novelistas norteamericanos los que, con garra y limpieza, mandaron al diablo al "héroe problemático" al darse cuenta de que la vida está viva en todas partes, no porque sea anónima, sino simplemente porque es la vida. Todo el mundo existe existencialmente. Hemingway alcanza plenamente esta destrucción necesaria en "El Viejo y el Mar". El drama del silencio en pleno mar, con la ilusión originada en el oficio que se domina naturalmente. Al final la frustración de esta ilusión. Esto es de todos los días. No importa quién sea el viejo. Y también el mar. Lo que no era de todos los días eran las ansias de aquella deliciosa adúltera que fue Madame Bovary.

Carmen Naranjo tiene algunas obsesiones. La obsesionan la soledad, la inhibición sentimental, el desecho humano, la ausencia de ternura. Quizás su profesión, que no es profesión de escritor, pero sí experiencia acumulada para formar la pasta de un excelente escritor, tenga mucho que ver en su mirar sombrío del hombre, porque la mujer es más que borrosa en su mundo novelístico sin trascendencia. Sus héroes son corrientes, vulgares, limitados, tímidos por incapaces. No aspiran a nada porque viven presos del conformismo, ignoran que la nada, ese tejido pesimista que nos envuelve quién sabe para qué, existe. Podrían no ser y las instituciones de la sociedad a que se hallan adheridos inconscientemente funcionarían, con la misma perfección o imperfección con que lo hacen siempre. Trabajan o no trabajan, obedecen o no obedecen, sufren o no sufren. Tanto da. Les falta una dimensión del espíritu humano. Son gentes que desconocen el amor aun cuando hagan el amor. La pasión, fuego fatal de Dios, no calienta sus almas. Pueden haber la felicidad en cualquier parte, pero no en ellos, porque están muy distantes de sí mismos. Sin embargo, Carmen Naranjo les presta una virtud que nos parece dudosa en tal tipo de individuos: el don del análisis que es don difícil. ¿Será que la autora se proyecta con ellos? Tal vez más bien se proyecta en ellos la simpatía que le inspiran sus existencias deshilachadas. Hay como una especie de sadismo en este perenne análisis de seres que nacieron para vegetar ins-

tintivamente y no para pensar. Este inclinarse sobre la conciencia, cuando ella no existe, se nos antoja que es una expresión del inmenso espíritu poético de Carmen Naranjo.

"Los Perros no Ladraron" es la epopeya, llamémosla de alguna manera, de la burocracia oficial. Es una novela cruel, sin ternura, lineal. Sólo asoma en sus páginas el alma humana cuando el burócrata se acuerda de su padre y de su hermano. Todo lo demás es gris. El personaje, cansado de ser personaje de novela, sólo se atreve a protestar en una taberna después del anuncio que le hace la amante detenida, de que va tener un hijo de él, que ha brotado de su semen y no nacido en su corazón. Porque hasta los burócratas tienen hijos aunque sea clandestinamente, quizás porque hasta su mismo organismo es clandestino.

La mejor novela de Carmen Naranjo es "Memorias de un Hombre Palabra". Aquí alcanza, a no dudarlo, gran maestría. Define a su personaje, anónimo como todos los suyos, con rasgos humanos. Es un ser sin destino metido en el destino. Es otra técnica la que emplea aquí para auscultar la conciencia del individuo que la inquieta. Es una novela del tipo psicológico. "En los Perros no Ladraron" se atiende exclusivamente al diálogo, lo que hace un poco oscura su novela, pues el artificio es muy visible. Aquí es el autoanálisis basado en la obsesión heroica de la palabra. Hay una trama porque toda existencia, Carmen Naranjo lo comprende así, es siempre una trama cuyos cabos, inconfundibles, son la vida y la muerte. El personaje se rebela, se quiere independizar, pero Carmen Naranjo no se lo permite. Voluntad de la artista, no hay nada que hacer. Sin embargo, este hombre palabra, que pudo haber sido también, ¿por qué no?, hombre silencio, une su infancia con el desaliento de su madurez inútil y lúcida. Ama, en la mujer, a la mujer que calienta su cuerpo gastado y lastimoso, a un desecho femenino como él, sin que éste se dé cuenta de que en este retorno sentimental, hay el secreto angustiado de que ella fue la que le enseñó su vicio de ser hombre.

Esta novela de Carmen Naranjo nos recuerda "La Caída", sin duda la obra maestra de Albert Camus. Sólo que Jean-Baptiste Clémence cuenta su cobardía en un bar de Amsterdam. El hombre palabra no es cobarde porque las palabras, las acciones y las ideas, no tienen para él sentido. El hombre palabra vive su aventura de caída en caída, entregado al destino, un destino sin libertad que, en el fondo, es el destino de nuestro tiempo. Si Carmen Naranjo hubiera escrito en un estilo más (PASA a la Pág. 16).